

CAMARADA STALIN

de

Víctor Vegas © 2007

Web del autor: <http://victorvegas.com/>

Obra para 1 actor

Copyright © 2007

ADVERTENCIA:

Los derechos de esta obra están protegidos por las leyes de propiedad intelectual en todo el mundo. Todos los derechos para su puesta en escena en teatro, radio, cine, televisión o lectura pública están reservados tanto para compañías profesionales como aficionadas. Los derechos y permisos deben obtenerse a través de:

SGAE / Sociedad General de Autores y Editores
Departamento de Dramáticos
c/Fernando VI, 4. (28004). Madrid, España.
Tel: (+34-91) 3499550
Fax: (+34-91) 3102120
Web: <http://www.sgae.es/>
E-mail: palvarezl@sgae.es
E-mail: vsvegas@gmail.com

R11-0221

Octubre, 2007

*Si el socialismo no sirve para ser buena persona,
¿para qué sirve?*

Roberto Cossa

PERSONAJES

IVAN Yakovlevich, hombre de unos 60 años.

1

Un gran retrato del camarada Stalin se proyecta sobre el telón de fondo.

En escena el oficial del Ejército Rojo Ivan Yakovlevich.

Los militares hacemos la guerra porque con ese objetivo hemos estudiado y nos hemos preparado muy duro. ¿Le pediríais vosotros a un médico cirujano que no opere? ¿O a un ingeniero que no construya puentes y carreteras? ¿O a un arquitecto que no diseñe casas y edificios? ¿O a un artista que no pinte sus cuadros o transforme un bloque de mármol en una obra maestra? Entonces, ¿por qué nos solicitáis a nosotros que no hagamos la guerra? ¡Es ridículo! No nos quemamos las pestañas durante años estudiando táctica y estrategia militar para nunca ejercer, para nunca llevarlas a la práctica.

«¡Guerra, única higiene del mundo!». Y que conste que esto no lo digo yo, sino que lo ha dicho un artista, un gran poeta... ¡Un gran poeta ruso!

¿Sabíais que la humanidad ha recibido más beneficios de las ciencias militares que de cualquier otra ciencia? ¿Acaso lo sabíais?

Apuesto a que no.

Cada guerra funciona como un gran laboratorio donde se prueban no solo nuevos armamentos, sino una multiplicidad de inventos, ya sean tangibles o intangibles, que tarde o temprano acabarán ingresando a nuestra vida cotidiana. A la mía y a la vuestra.

Sí, sí, camarada. No ponga esa cara.

¡Ah! Ya entiendo. A lo mejor es usted uno de esos «comeflores» que se la pasan machacándonos los cojones a los militares con sus manifestaciones, sus cartelitos, sus discursos y sus movimientos pacifistas, antibélicos, ¿no es verdad? Pero voy a pedirle que haga un esfuerzo, camarada, un pequeño sacrificio, y reflexione un poco sobre esto que estoy diciendo... ¿El qué? ¡Pues sobre la deuda que tiene la sociedad con las ciencias militares! ¿Puede? ¿Se cree capaz? ¿Tiene cabeza para ello?

¡Venga! ¡Haga el esfuerzo!

Voy a ayudarlo.

Los enlatados... No, no, no. Esperad. Seamos más amplios, más globales: la preservación de los alimentos... ¿Sabíais que los descubrimientos y avances más importantes en la prevención de la descomposición de alimentos se han conseguido en tiempos de guerra?

A finales del siglo XVIII, por ejemplo, durante las campañas con las que Napoleón pretendía doblegar a Europa, el ejército francés se enfrentó a un desafío significativo: gran parte de sus tropas eran diezmadas por los alimentos que consumían. En aquella época, las bajas que sufrían las tropas por intoxicación alimentaria eran con frecuencia superiores a las que el enemigo era capaz de infligirles en el campo de batalla. Por tal motivo, Napoleón ofreció un premio de doce mil francos a quien lograra conservar los alimentos por prolongados períodos. Nicolás Appert, hijo de un pastelero, ganó dicho premio al descubrir que si un alimento era suficientemente calentado en un envase sellado y este no era abierto hasta el día de su consumición, su contenido se conservaba por largo tiempo en óptimas condiciones. A partir de entonces, los soldados franceses dejaron de ser alimentados con raciones inadecuadas, que a menudo incluían carne descompuesta y otros alimentos insalubres e inaceptables para el consumo humano.

Otros ejemplos que se me ocurren son los avances en la industria automotriz, naval o aeronáutica; la conquista del espacio, los avances en la tecnología nuclear, en los sistemas de telecomunicaciones o en el desarrollo de nuevos tejidos para la ropa y el calzado. Esa camisa, ese pantalón o esos zapatos que usted lleva puestos, camarada, quizá utilicen alguna derivación de un tejido original y especialmente creado para un uniforme militar.

¡Y muchos de los avances que aún están por venir, que os facilitarán el día a día, no os quepa duda, serán gracias a la industria militar!

Podría estar aquí horas y horas enumerando ejemplos que os dejarían a vosotros cada vez más sorprendidos, pero no quiero cansaros y además, hay asuntos más interesantes que tratar, de los que me gustaría hablar. Me refiero a los beneficios intangibles, no cuantificables, que ha aportado la guerra a la humanidad.

Entre ellos, las revoluciones; los cambios de paradigma y en las estructuras de poder; las reconfiguraciones geográficas; la posibilidad de instaurar nuevas sociedades más justas, de construir un «hombre nuevo»; la superación de toda alienación, al recuperar la verdadera esencia del ser humano y lograr la reconciliación del hombre consigo mismo, con sus semejantes y con su entorno, la naturaleza, en un nuevo tipo de sociedad.

(A la espalda de Ivan Yakovlevich comienzan a proyectarse imágenes de la hambruna de 1932-1933; de la campaña de represión y ejecuciones masivas de la Gran Purga; los campos de concentración o gulags; el pacto de no agresión con Hitler; las invasiones, ejecuciones y entierros

en fosas comunes perpetrados por el ejército ruso durante la segunda guerra mundial; etcétera.)

Una sociedad que produce individuos como Hitler o Mussolini, que genera movimientos políticos y sociales como el fascismo y el nazismo es una sociedad enferma, agotada, que debe ser urgentemente reemplazada por otro tipo de sociedad en la que el centro inamovible sea el hombre y no el capital. Y para crear esa sociedad diferente hay que crear un ser humano diferente.

Un individuo renovado.

Este hombre nuevo no puede arrastrar las mismas taras que por años ha arrastrado la sociedad capitalista. Esa obsesión por lo material, por el consumismo, por el mercado; de pensar solo en lo que en el aspecto económico pueda lograrse en la vida; esa falta de solidaridad con los más débiles... Nada de eso puede suceder ni reproducirse en una sociedad en la cual se intenta construir una comunidad, un grupo genuino de personas.

Es la propuesta que venimos construyendo para el mundo desde la Revolución de Octubre, la gloriosa revolución bolchevique: la de una sociedad más justa, en la que el hombre no sea explotado por el mismo hombre; una sociedad libre e independiente, en la que los seres humanos vivamos de manera igualitaria, con dignidad: ¡la sociedad comunista!

Se escuchan las notas de la Internacional Socialista mientras descienden las luces; la proyección de imágenes en el telón de fondo se mantiene hasta el oscuro total.

2

Otra vez Ivan Yakovlevich.

Esta vez aparece sentado y fumando.

Detrás de él continúa, impertérrito e intimidante, el retrato de Stalin.

«La masacre de Katyn».

Ese fue el nombre que los nazis le dieron.

A finales de 1942 a nadie le quedaba duda de la clase de monstruos que eran los nazis; de sus matanzas, saqueos y de cómo trataban a los supervivientes de los territorios ocupados.

Con nuestro pueblo fueron particularmente brutales. A su paso solo dejaron horror, destrucción y muerte.

Entonces, en ese mismo año, se percataron de que necesitaban idear un monstruo aún mayor que desviara la mirada del mundo de sus crímenes y atrocidades.

Entonces se les ocurrió señalar a los rusos.

(Se proyectan sobre el telón de fondo imágenes de las fosas comunes descubiertas en el bosque de Katyn por el ejército nazi.)

El 13 de abril de 1943, cuando ya casi lográbamos echarlos de nuestra amada patria —que habían invadido en el verano de 1941, pasándose por el forro del culo, perdonadme la expresión, el pacto de no agresión que Hitler y Stalin habían firmado dos años antes—, los nazis comenzaron una campaña de desprestigio contra el glorioso Ejército Rojo y nuestro admirado y queridísimo camarada Stalin. La emisora oficial de Berlín comunicó, con gran despliegue informativo, el hallazgo que habían hecho tropas alemanas en el bosque de Katyn, a doce kilómetros de la ciudad soviética de Smolensko: una fosa de veintiocho metros de longitud por dieciséis de ancho, en cuyo interior se apiñaban doce capas superpuestas de cuerpos humanos que correspondían a un total de casi tres mil oficiales y paisanos polacos.

Todos presentaban un tiro en la nuca.

Al día siguiente respondimos diciendo que los alemanes trataban de inculparnos de una matanza de la que ellos eran los únicos responsables. Que trataban de usarnos como sus chivos expiatorios.

El gobierno polaco, exiliado en Londres, solicitó la intervención de la Cruz Roja Internacional. Nuestra reacción inmediata fue romper con los polacos —con quienes, por cierto, obligados por el enemigo común y las circunstancias, recién habíamos restablecido relaciones diplomáticas en 1941—, y dejar claro que romperíamos con todo aquel que se

empeñara en creer en la falsa propaganda alemana contra Moscú.

La situación preocupó enormemente a los americanos, porque nos hallábamos en una etapa crítica de la guerra. Temían que el incidente pudiera traer repercusiones negativas dentro del frente aliado. De modo que culpabilizaron a las autoridades polacas en el exilio de fomentar la creencia en las mentiras de la propagandística nazi. Los polacos no tuvieron más alternativa que renunciar a sus pretensiones de que el caso fuera investigado y a nosotros no nos quedó más remedio que reanudar las relaciones diplomáticas con ellos.

Pero los hijos de puta nazis no se dieron por vencidos.

La radio de Berlín continuó ofreciendo información detallada de las excavaciones en Katyn. Otras siete fosas, similares a la encontrada en la segunda semana de abril, habían sido descubiertas.

Las autoridades alemanas propusieron conformar una comisión de expertos —integrada por médicos procedentes de países ocupados, aliados y neutrales— que se encargara de la investigación.

Y aunque nuestra posición fue continuar negando las acusaciones nazis, los hechos evidenciaban lo contrario.

(Pausa larga; se levanta y se deshace del cigarro.)

¡Putos nazis!

Ya. Ya. Está bien. Lo confieso: nosotros matamos a esos jodidos polacos. Aunque continuaremos negándolo de manera oficial y nos encargaremos de desaparecer cualquier evidencia que pueda incriminarnos. Los matamos porque no eran aptos para construir el hombre nuevo. Eran material desechable. Todos estaban corroídos hasta los tuétanos por el pensamiento liberal, por el capitalismo; habría sido una tarea inútil, un desperdicio inaceptable de tiempo y recursos, tratar siquiera de recuperarlos, de reeducarlos.

En la comprometida situación que vivíamos a causa de la guerra, tampoco contábamos con los recursos suficientes para mantenerlos.

Las escasas provisiones con la que contábamos estaban destinadas a nuestros líderes, los oficiales, los soldados y el pueblo ruso. En ese estricto orden.

Así que en marzo de 1940, seis meses después de ocupar la parte oriental de Polonia y de trasladar a casi cien mil prisioneros polacos —entre civiles y militares— a suelo ruso, el camarada Stalin ordenó que fueran sacrificados.

Pero ese es un hecho aislado por el cual la historia no puede juzgarnos. ¿Qué sería de Europa, qué sería del mundo entero si nosotros los rusos no hubiéramos demostrado, durante la gloriosa batalla de Stalingrado, que los nazis no eran invencibles?

¡Nosotros salvamos a Europa y al mundo del horror nazi!
¡Nosotros salvaremos a Europa y al mundo del horror
capitalista!

*Otra vez retumba, a través de los altavoces, la
Internacional Socialista.
Las luces descienden.
Apagón final.*